

Había también una especie de castigo espontáneo que podía ser de lo más desagradable para un niño que tenía miedo a la oscuridad: el encierro durante más o menos tiempo en un determinado ropero. Alma, la cocinera, contaba que justo en ese ropero vivía un pequeño ser que les comía los dedos de los pies a los niños malos. Yo oía con toda claridad que algo se movía allí dentro en la oscuridad, estaba totalmente aterrorizado, no me acuerdo de lo que hacía, probablemente me subía a los estantes y me colgaba de los ganchos para evitar que me comieran los dedos. Sin embargo, este tipo de castigo dejó de atemorizarme desde que encontré una solución: escondí una linterna que tenía luz roja y verde en un rincón. Cuando me encerraban la sacaba, dirigía el cono de luz hacia las paredes y me imaginaba que estaba en el cine. En una ocasión, cuando abrieron la puerta, estaba tumbado en el suelo con los ojos cerrados fingiéndome desmayado. Todos se asustaron mucho, salvo mi madre que sospechó que yo simulaba, pero al no poder aportar ninguna prueba no hubo castigo adicional.

Otros castigos consistían en prohibirnos ir al cine, dejarnos sin comer, mandarnos a la cama, encerrarnos en el cuarto, hacer cuentas, palmetazos en las manos, tirones de pelo, trabajar en la cocina (lo que podía resultar muy divertido), ostracismo durante un tiempo determinado, etc., etc.

Ahora comprendo la desesperación de mis padres. La familia de un pastor vive como en un escaparate, expuesta a todas las miradas. La casa tiene que estar siempre abierta. La crítica y los comentarios de los feligreses son constantes.

Tanto mi padre como mi madre eran perfeccionistas que, con toda seguridad, se doblegaban bajo esta absurda presión. La jornada laboral de mis padres no tenía límite, su matrimonio era difícil de gobernar, tenían una autodisciplina de hierro. Sus dos hijos reflejaban rasgos de carácter que ellos castigaban incesantemente en sí mismos. Mi hermano no fue capaz de protegerse a sí mismo ni de defender su rebeldía. Mi padre aplicó toda su fuerza de voluntad a destruirlo, cosa que casi consiguió. A mi hermana la amaban mis padres intensa

y posesivamente. Su respuesta fue la autoaniquilación y un suave desasosiego.

Creo que yo fui el que mejor parado salió gracias a que **me convertí en un mentiroso**. Creé un personaje que, exteriormente, tenía muy poco que ver con mi verdadero yo. Como no supe mantener la separación entre mi persona real y mi creación, los daños resultantes tuvieron consecuencias en mi vida hasta bien entrada mi edad adulta y en mi creatividad. En ocasiones he tenido que consolarme diciéndome que el que ha vivido en el engaño ama la verdad.

Conservo claramente en la memoria mi primera mentira consciente. A mi padre lo habían nombrado capellán de un hospital y nos habíamos ido a vivir a un chalet amarillo situado al borde del gran parque que limita con el bosque de Lill-Jan. Fue un frío día invernal. Mi hermano, sus amigos y yo habíamos estado tirando bolas de nieve al invernadero que había en el extremo del parque. Se rompieron muchos cristales. El jardinero sospechó inmediatamente de nosotros y se lo dijo a mi padre. Empezó el interrogatorio. Mi hermano confesó, sus amigos también. Yo estaba en la cocina tomando un vaso de leche. Alma estaba amasando en la mesa. Por los cristales empañados yo podía vislumbrar uno de los lados del invernadero dañado. Siri entró en la cocina contando los terribles castigos que se estaban infligiendo. Me preguntó si yo había participado en la vandálica destrucción, cosa que ya había negado en el interrogatorio preliminar (en el que fui absuelto de momento por falta de pruebas). Al preguntar Siri en tono de broma y como de pasada si yo había conseguido romper algún cristal, me di cuenta enseguida de que intentaba enredarme y le contesté con voz tranquila que había estado mirando un rato, que había tirado algunas bolas flojas que le habían dado a mi hermano y que luego me había ido porque tenía los pies helados. Me acuerdo perfectamente de que pensé: así se hace cuando se miente.

Fue un descubrimiento decisivo. Casi tan racionalmente como el Don Juan de Molière, **decidí convertirme en un Hipócrita**. No pretendo afirmar que tuviera siempre el mismo éxito. A veces me descubrían a causa de mi falta de experiencia, a veces **intervenían extraños**.

Ingmar Bergman LINTERNA MAGICA

Memorias

